



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13466

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 150 ptas. Tres meses, 450 id. -- EXTRANJERO: Tres meses, 10 id. La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes. La correspondencia á la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

LUNES 8 DE OCTUBRE DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro. -- Correos en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Bouquet; Mr. J. Jones, 31, Faubourg Montmartre.

El Presupuesto de Marina

Por D. Víctor María Concas.

Entre tantas cosas como reclaman la atención de cuantos se interesan en la prosperidad de la Armada, y en particular, de los que á ella pertenecen, está el Presupuesto del ramo, cuyo errado concepto hace más de cincuenta años que trae á la Marina á mal traer, inutilizando cuantos esfuerzos se han hecho por los Ministros, por las Cámaras y cuantas Corporaciones han intervenido en ellos.

Antes de aducir otras razones que, por ser muchas, temeríamos que no se leyeran, con la fuerza de las cifras, haremos constar por datos tomados de la Intervención Central de Hacienda, que la Marina durante ese tiempo y en medio de tantas estrecheces, guerras y tribulaciones, ha dejado de consumir 219.066,939'34 pesetas, cifra enorme que, por sí sola, basta para demostrar que hay algo fundamental que reclama inmediato remedio.

No es fácil; pues existen prejuicios en la opinión pública muy difíciles, si no imposibles de vencer, como es la exigencia que se redacte un presupuesto al céntimo, sin que haya nada por exceso ni por defecto, y sin que se encuentre medio de poder convencer á esa opinión que la Marina está siempre en campaña y que lo imprevisto es lo normal.

No hay nadie que pueda decir con años de anticipación qué viajes se ofrecerán, qué comisiones al extranjero requerirán nuestras relaciones internacionales, qué vientos soplarán, que retrasando la marcha de los buques aumenten los gastos de carbón y materias lubricadoras, y no ya qué averías y accidentes ocurrirán, ni siquiera qué empaquetaduras y guayacanes habrá que ajustar, puesto que todo viene en el presupuesto, partida por partida, con un detalle tal, como queriendo dejar atrás las previsiones de la misma divina Providencia.

De esta enorme divisibilidad resulta la consecuencia natural de que si se dota á cada partida con exceso, la suma presentaría un presupuesto monstruoso, y si se hace por defecto sin dejar de sobrar en algunos artículos, faltará necesariamente en otros, originándose multitud de expedientes de crédito supletorio, causa de escándalos parlamentarios, notoriamente injustificados, cuando ahí están las cifras que hemos citado para indicar que no es precisamente el dinero lo que falta, sino la necesidad de agrupar los servicios, poniendo el presupuesto en relación con el ramo á que debe atender. Pero esa agrupación se encuentra en frente de otros obstáculos no menos insuperables, puesto que cada partida representa una declaración de buena presa para algún interesado; únense, por ejemplo, carbón y materias lubricadoras en un mismo concepto, y téngase por seguro que los contratistas de combustible moverán el cielo y la tierra para que se vuelva á la división, y así otros muchos casos que más vale no detallar, pues en asuntos de Marina raras veces dejan de entenderse las cosas al revés y suele ser motejado precisamente el que menos culpa tiene.

Hasta las piedras saben en España que en Ultramar tenía todo el perso-

nal los haberes aumentados, y á pesar de eso, es causa de extrañeza inmensa, cuando no de escándalo político que al enviar un buque á Ultramar haya que darle los haberes correspondientes á su dotación; y como no se haya previsto el consabido viaje con uno ó dos años de anticipación, hay que pasar por uno de los dos extremos, á cual más deplorable ante el decoro nacional, esto es: si están abiertas las Cortes, hacer una ley para que el buque vaya á Ultramar, si no están abiertas, como el caso no está comprendido en ninguna de las cuatro excepciones de la ley, no queda más recurso que el dilema de que no vaya ó que se deje sin pagar la mitad de los haberes á la tripulación; y aun gracias que para las raciones de las tropas tiene facultades el Consejo de Estado; pero las demás clases, que no tienen ración de Armada, quedan *ipso facto*, condenadas á un saludable ayuno de la mitad de sus emolumentos de mesa.

La determinación detallada del personal de las dotaciones era tal, que en el presupuesto de 1905 no se pudieron reemplazar en algunos buques, ni los cabos de mar por marineros de menos graduación, ni de unas clases por otras, so pena de merecer las graves censuras del Tribunal de Cuentas, á pesar de ser la situación con personal de menos gasto, sin que fuese oída la consideración de que todo individuo á bordo representa, además de una clase, un hombre, ó sean unos brazos para el trabajo, y que los buques no pueden moverse sin éstos, aparte de la clase á que correspondían.

Como consecuencia de esta dificultad encontrada por mis antecesores al redactar el Presupuesto para 1906, propuse un artículo en que autorizaba las sustituciones, pero en la precipitación en que se discutió el presupuesto en las últimas horas del año, agregaron, sin que yo haya sabido cómo, que esta sustitución sólo podía tener lugar en las categorías inferiores á la de oficial, de modo que si en lejano viaje asciende un alférez de navío ó un maquinista mayor de segunda, es absolutamente imposible pagarles, á pesar de no variar en un céntimo sus asignaciones de embarco, que por de contado se amortizarán, mientras que á los interesados, puesto que no se les puede pagar, lo mejor es tirarlos al agua, con lo que se llegaría más rápidamente á la deseada amortización. Pero, como por fortuna, las noticias llegan estando en puertos, los interesados se volverían á España cómodamente en un trasatlántico, ya que hay capítulo en el presupuesto para ello, dejando al buque desguarnecido; y con esto se habría salvado la rutina que es lo principal, aunque padezca el servicio del Estado, que seguramente y por la ley está en segundo término.

Así ha sucedido, que, faltando por cubrir un considerable número de maquinistas mayores de segunda clase, no ha habido medio humano de completar las dotaciones con mayores de primera, que no tienen un céntimo más de haber de embarco, que los correspondientes á la clase inmediata: estando en manos legalmente incompetentes máquinas que valen tantos millones, sin

contar otras enormes responsabilidades; pero se salvó el formulismo del presupuesto, del que no se puede hablar sin el más profundo desconsuelo.

¿Es posible hallar remedio á todo esto? No lo creemos, era preciso una verdadera resurrección del espíritu nacional; era preciso que resurgiese el concepto internacional de nuestra posición en el mundo; que el estudio, el peligro ó el patriotismo hicieran rectificar tantos errores como se dicen sobre Marina, que por lo insensatos no se pueden ni contradecir; y era preciso, por último, no remedando á Alemania, sino á ciertos enfermos desesperados, que la nación entendiera lo que es más claro que la luz, que su última esperanza está en el mar; y como nada de esto lleva trazas de suceder, abandonamos esta cuestión, tal como está, para descender á lo que, si no es más fácil, es por lo menos más posible.

Víctor M.ª Concas.

NIEBLAS

Por Manuel Paso.

¡Al fin todo llega!
Vinieron heladas
las noches de invierno,
medrosas y largas:
el viento pasaba silbando...
secóse el arroyo,
¡la corneja en el chozo graznaba!

Desnudos sarmientos
formaron la parra,
sin luz y sin flores
la triste ventana...
¡La lluvia emboló la madera!
Creció el jaramago
¡y llamó á los cristales la zarza!

¡Los álamos secos,
cuajados de escarcha,
más altos los picos
de Sierra Nevada!
¡Como el eco de un alma que expira,
con voz plañidera
en el soto cantó la gitana:

«Un amor que tuve en vida
tan grande y tan verdadero,
si lo hubiese puesto en Dios
hubiera ganado el cielo.»

El aire dormido
gemía y temblaba:
bajó la cabeza

rigida y helada.
Las angustias sentí de la muerte,
y dentro del pecho
¡algo vago como una mortaja!

La noche me sigue
y el rayo me aguarda;
en la roca espero
las turbias borrascas.
¡Quiera Dios que las olas que llegan,
envuelto en espumas
me dejen tendido en la playa!

¡La noche me sigue
y el rayo me aguarda!
¡Qué noches me esperan
tan tristes, tan largas!
Tengo un ansia... ¡y un peso, y un frío...
¡Parece que llevo
el cadáver de Rosa en el alma!

Manuel Paso.

CONCURSOS

ATLETAS CON PATENTE

No sé, ni trato de averiguarlo, si en esta nuestra patria de los héroes legendarios quedan muchos ó pocos atletas, ó si no hay ninguno porque todos á imitación de los toreros con suerte y con peculio ó los modernos mandarines chinos, se corten la coleta: pero pocos ó muchos, deben apresurarse, si es que quieren pasar á la historia, á inscribirse en el campeonato de fuerza de Europa que tendrá lugar en Ginebra los días 29, 30 y 31 del actual.

¡La fuerza! ¡Mis lectores píos, cómo debemos admirar esa deidad que en otros tiempos nos concedía sus primicias y favores y ahora nos vuelve desdichosa las espaldas! Aquí donde todo está enclenque, donde los decadentes están en mayoría, donde no hay quien se atreva á escupir por el colmillo, ese campeonato de la Patria de Guillermo Tell debe servirnos de estímulo.

Según los reclamos officiosos que publica la prensa de gran circulación, quedan ya muy pocos días para poderse inscribir: «se va á cerrar!» como dicen los monaguillos á las heatas recalcitrantes, agitando el manajo de llaves para que comprendan que están estorbando en la casa de Dios.

Los que quieran inscribirse en ese campeonato de la fuerza deben hacerlo antes del día 15 del actual, señalando para la «clausura irrevocable».

En este concurso pueden los atletas

españoles conquistar sendas coronas de laurel, que serán adjudicadas á los tres primeros de cada categoría porque ¡oh amados míos! en los atletas también hay clases, como en los coches de ferrocarril, ó sea, de 1.ª de 2.ª y de 3.ª clase.

Los atletas de 3.ª son aquellos que puedan levantar pesos ligeros, ya sea arrancando, de un solo brazo, de derecha á izquierda, alzando un brazo en dicha orientación, ya á dos brazos con flexión facultativa en uno ó varios tiempos.

¿Es fácil? ¿Es difícil? Yo no lo sé. Lo que sé es que los organizadores del concurso «halterófilo» suizo consideraran como peso ligero todo el que no excede de 67 kilos y medio. Ese medio debe ser el *quid divinum* del atletismo, pues por algo se ha dicho que «en el medio» está la virtud, y por consiguiente no veo por qué no haya de estar también la fuerza en el susodicho medio.

Los atletas ó Hércules de Circo manejan barras y bolas, no sé si huecas ó macizas, con asombrosa facilidad, con la misma ó mayor conque nuestros insignes gladiadores parlamentarios y políticos luchan y se dejan morir por la patria en pleno hemiciclo (*idulcium est pro patria mori*).

El campeonato de la fuerza de Europa brinda á los atletas de todas clases y condiciones de España con un éxito colosal, pues si allí son clasificados, aún cuando no sea más que como de tercera clase ¿quién les quitará aquí después el derecho de codearse con los más sobresalientes y distinguidos?

¡Ahí es nada brillar en primera línea como Hércules, en un país donde todas las bofetadas que se pierden se encuentran sobre la mejilla de los más conspicuos é importantes personajes! Quien consiga una coronita de laurel, aun cuando sea el más humilde, del campeonato ginebrino, puede aspirar impunemente hasta á una de las varias plazas de dictador que existen vacantes en esta clásica tierra de los vicerversas, del buen vino y de pan y toros.

Un hombre con bríos es hoy en España un bicho raro, una especie de mirlo blanco; por consiguiente si hay en nuestra patria, aun cuando no sea más que media docena de aficionados, sepan que en Ginebra podrán adquirir el diploma ó título correspondiente.

Y no hay que decir lo que puede re-

376 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

MARIA

373

L

El reloj del salón daba las cinco. Mi madre y Emma me esperaban paseándose en el corredor. María estaba sentada en los primeros peldaños de la grada y vestida con aquel traje verde que tan hermoso contraste formaba con el castaño obscuro de sus cabellos, peinados entonces en dos trenzas con las cuales jugaba Juan medio dormido en el regazo de ella. Se puso en pie al desmontarme yo. El niño suplicó que le pasara un ratito en mi caballo, y María se acercó con él en los brazos para ayudarme á colocarlo sobre las cañoneras del galápagos, diciéndome:

—Apenas son las cinco, ¡qué exactitud! ¡si siempre fuera así!

—¿Qué has hecho hoy con tu Mimiya?—le pregunté á Juan luego que nos alejamos de la casa.

—Ella es la que ha estado tonta hoy,—me respondió

—¿Cómo así?

—Pues llorando.

—¡Ah! ¡por qué no la has contentado?

—No quiso, aunque la hice cariños y la llevé flores; pero se lo conté á mamá.

Salí del arbolado el cantor, y era Tiburcio, quien con la ruana colgada de un hombro apoyado en el otro un bordón de cuya punta pendía un pequeño flo, entretenía su camino cantando por instinto sus penas á la soledad. Calló y detúvose al divisarme, y después de un risueño y respetuoso saludo me dijo luego que me acerqué:

—¡Aramba! que sube tarde y á escape... Cuando el Retinto anda... ¿De dónde viene así borbiéndose los vientos?

—De hacer unas visitas, y la última, para fortuna tuya, fué á casa de Salomé.

—Y hacía marras que no iba.

—Mucho lo he sentido. ¡Y cuánto hace que no vas tú?

El mozo, con la cabeza agachada, se puso á despedazar con el bordón una matita de fúlo, y al cabo alzó á mirarme, respondiendo:

—Ella tiene la culpa. ¿Qué le ha contado?

—Que eres un ingrato y un celoso, que se muere por tí: nada más.

—¿Conque todo eso le dijo? Pero entonces le guardó lo mejor.

—¿Qué es lo que llamas mejor?

—Las flestas que tiene con el niño Justelano. Oyeme así; ¡eres que yo panderé... de de Salomé?

—¿Cómo lo habías oído?